

FLORENCE THOMAS

HABÍA
QUE
DECIRLO

UN LLAMADO POR LA
LEGALIZACIÓN TOTAL DEL ABORTO

icono •

icono

©2010, Florence Thomas

De esta edición:

©2010, Icono Editorial Ltda.

Carrera 28 A No. 73-29

Teléfono: (57-1) 457 4089

TelFax: (57-1) 250 9238

Bogotá, D.C., Colombia

www.iconoeditorial.com

Director:

Gustavo Mauricio García Arenas

gmgarcia@iconoeditorial.com

Asistente editorial:

Ángela Alfonso Botero

Diseño de colección y cubierta:

Nancy Cruz

Diagramación:

Samanda Sabogal Roa

Imagen de cubierta:

«Der Rufer» (1966), escultura de Gerhard Marcks Stiftung situada en el jardín del Café Literario de Berlín.

ISBN: 978-958-8461-11-3

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Primera edición, noviembre de 2010

Primera reimpresión, abril de 2016

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, mediante cualquier sistema, sin previa autorización escrita de la editorial.

Yo aborto, tú abortas, todas callamos.

GRAFITI DE MUJERES FEMINISTAS URUGUAYAS

*¡De tantas cosas podría escribir! Los temas me persiguen:
Albanisa, Afganistán, la bondad, la corrupción, la desfachatez,
el empleo, la falsedad... pero «me duele una mujer en todo
el cuerpo» como dijo Jorge Luis Borges en su poema
«El amenazado» y no me duele porque yo haya optado
como pareja sexual por ese sexo, ya que soy hasta ahora
heterosexual redomada, sino porque siendo mujer me pertenecen
los dolores e injusticias contra mi género, y cuando veo la ligereza
con que foros y notables ciudadanos discuten sobre los cuerpos
y funciones de nosotras, las féminas, me duele el cuerpo.*

GIOCONDA BELLI

Contenido

Bogotá, 2009 Todo empezó en la Universidad Nacional	9
París, 1965 Yo aborté... Hubiera querido interrumpir voluntariamente mi embarazo	17
Colombia, 2010 La sentencia de la Corte Constitucional: un cambio que abre caminos	61
Cualquier lugar, cualquier fecha Carta de un embrión que no quiso volverse feto y se alegra de no haber nacido	101
Y si hay que argumentar más...	113

Bogotá, 2009

Todo empezó en la Universidad Nacional

Eran las 5:30 de la tarde. Como siempre había llegado muy temprano. Me fui entonces hacia la cafetería de este edificio tan bello y femenino que es el de Posgrados de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, construido por Rogelio Salmona. Digo femenino porque está lleno de curvas y ruidos de agua, y sus ladrillos, en los atardeceres bogotanos, toman un color rosado-anaranjado. Y sí, no podría ser otra cosa que un edificio para reflexionar sobre las ciencias humanas, sobre sus imprescindibles límites y algunos logros para explicar cómo nacemos, vivimos, amamos, nos soportamos y por qué odiamos y nos matamos con tanta facilidad. Un edificio que alberga consideraciones sobre la vida y la muerte, el sentido de la historia y la importancia de la memoria para construir futuro, no podía ser sino

FLORENCE THOMAS

femenino. A esta hora —la mayoría de los posgrados se inician alrededor de las seis de la tarde— sólo unos pocos estudiantes ocupaban las mesas. Me instalé en una de ellas después de haber comprado un horrible tinto de cafetería, dispuesta a esperar la hora de inicio del evento al cual iba a asistir. De alguna manera, esta espera me gustaba porque cada vez que vuelvo a la Universidad Nacional, de la cual fui profesora durante treinta años, me invade una extraña nostalgia que me remite a mis años de docencia y a todo lo vivido en este campus que tejió buena parte de la trama de mi vida en Colombia.

Estaba absorta en la recreación de mi pasado cuando de repente me di cuenta de que justo en la mesa del frente se había sentado una pareja de estudiantes que me llamó la atención por su expresiva actitud corporal. Se trataba de una joven mujer que no debía tener más de diecinueve años, tal vez veinte, vestida como todas las estudiantes de la universidad —bluyín, tenis y mochila—, una niña de cara muy pálida y dulce, y de mirada perdida; y él, un muchacho de unos veinte años, muy bello también, de piel canela, sentado muy cerca de ella, como buscando su mirada. Cuando advertí su presencia, ambos estaban en silencio. Me quede mirándolos un buen rato. Y el silencio de los dos seguía: un silencio intenso, pesado, lleno de palabras no dichas, de llantos retenidos. Era como si ya se hubieran dicho todo y sólo quedara el silencio para expresar lo que ya no era posible enunciar. Y seguían mirándose intensamente.

HABÍA QUE DECIRLO

De repente me sentí intrusa, indiscreta y como metida en algo que no me pertenecía, que no me concernía; sin embargo, no podía dejar de mirarlos y de esperar una confirmación de lo que ya intuía de esta pareja destrozada y, no sé por qué, recordé una frase de Doris Lessing que había leído hacía poco tiempo: «Cada vez que abres una puerta te encuentras con alguien hecho pedazos». Y sí, estos dos muchachos estaban hechos pedazos y yo estaba allí, ante ellos, como si hubiera abierto sin querer la puerta de su vida íntima, de su alcoba. Ella ahora retenía el llanto que la invadía. No quería llorar, pero su manera de mirar a su compañero era una especie de súplica, de grito ahogado que le decía: «Dime algo, habla, no me dejes sola con esto». Como él no podía hablar, siguió mirando y, de repente, le tomó la mano y puso su cara encima y se quedó así un buen rato. Yo ya quería salir de esta tragedia del silencio cuyo libreto total me faltaba aun cuando no lo necesitaba porque ya lo había completado. Yo sabía lo que les pasaba a estos dos exiliados del amor. Yo ya sabía lo que ella le había contado poco antes de entrar a la cafetería. Ya sabía que hoy no asistirían a sus clases de posgrado. Y lo sabía porque yo ya había vivido exactamente la misma escena cuarenta y cuatro años antes, en una cafetería de París, en 1965.

Ella le acababa de decir que estaba embarazada. Yo acababa de contarle al hombre que amaba que estaba embarazada. Diez años antes de la legalización del aborto cuando ni siquiera la píldora anticonceptiva estaba

FLORENCE THOMAS

circulando de forma masiva en Francia. Pero en Colombia ya eran las seis de la tarde y antes de dejar la cafetería hubiera querido decirles a estos dos niños grandes que uno se repone, que si bien esas historias se inscriben en la piel, en el cuerpo y en cada meandro de la memoria para siempre, uno se repone, uno sana casi por completo. Hubiera querido ir hacia ella y tomarla en mis brazos, prevenirle de lo que iba a vivir en las próximas semanas, pese a que no sabía en absoluto la decisión que podía tomar ella o que podían tomar los dos. Hubiera querido contarles que millones de mujeres en este mismo instante, en Colombia y en el mundo entero, estaban viviendo lo mismo. Unas felices, otras destrozadas. Pero no los conocía e iba a asistir al lanzamiento del libro de Luis Santos, un profesor amigo nuestro. Además ya habían llegado amigas y amigos profesoras y profesores conocidos míos que se estaban instalando en mi mesa y dejé que se desvaneciera el drama que había presenciado durante unos veinte minutos. No obstante, no se disipó del todo porque esa misma noche, yo ya sabía lo que tenía que escribir de una vez por todas. Y sabía que no podía posponer esto por más tiempo. Si bien cuarenta y cuatro años son demasiados para la memoria, yo tengo que contar lo que todavía puedo contar; yo tengo que hablar de lo que viven miles y miles de mujeres colombianas ante la noticia de un embarazo no deseado; yo tengo que contar lo que viví un día, lo que aprendí en el grupo Mujer y Sociedad de la Universidad Nacional de Colombia, lo que entendí —ya

HABÍA QUE DECIRLO

menos con la razón y más con el corazón— con las mujeres colombianas con las cuales trabajo y desde que soy integrante de La Mesa por la Vida y la Salud de las Mujeres¹, desde que la problemática del aborto o, con más exactitud, de la interrupción voluntaria del embarazo, me habita con frecuencia y, por supuesto, desde mi propio aborto.

Por varias razones es el momento. Lo sé. Y más allá de saberlo, lo percibo, lo siento. Tal vez porque los años que tengo me permiten escribir lo que siento sin titubear; tal vez porque a mi edad ya sé dónde estoy ubicada en relación con lo que ha sido catalogado de ético o de no ético y ya hace un tiempo que entiendo con bastante claridad que lo ilegal puede ser profundamente ético. Sin esta convicción, las mujeres estaríamos todavía en la Edad Media, pues cada vez que hemos conquistado algo de autonomía, ha sido gracias a unas Antígonas dispuestas a todo para demostrar que, contrarias a las implacables leyes de los hombres, existen también estas otras leyes, las del corazón, del inconsciente y de una memoria ancestral grabada en nuestro cuerpo. Y tal vez por múltiples otras razones que no

¹ La Mesa por la Vida y la Salud de las Mujeres es una organización informal en la que confluyen diferentes entidades de carácter privado y activistas reconocidas del feminismo colombiano. Su misión principal es la de contribuir al reconocimiento y al ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres y en particular a la libre opción a la maternidad mediante la despenalización total del aborto. Busca contribuir así a la profundización de la democracia, promoviendo cambios culturales y fortaleciendo la vigencia del Estado laico.

FLORENCE THOMAS

encuentran la manera de traducirse en las letras del alfabeto, siento que puedo regalarle a esta palabra, «aborto», unas líneas con el fin de darle una realidad capaz de reflejar una experiencia humana total de lo lícito y lo prohibido; una experiencia que atraviesa la vida de millones de mujeres y que está inscrita en sus cuerpos, la experiencia del dolor que puede producir vivir y amar. Y si bien ya existen múltiples escritos sobre el tema, muchos trabajos académicos y científicos muy serios, de expertos y, sobre todo, de expertas en la materia, y otros muchos, misóginos, aberrantes y odiosos, en general escritos por hombres, no se ha dicho todo lo que se debe decir sobre este tema: decir lo indecible. Ese indecible que hay que tratar de poner en palabras. Ese indecible que ningún hombre ha podido vivir ni experimentar. El aborto tiene que volverse palabras, palabras arrancadas del cuerpo de millones de mujeres. Y si creo poder lograrlo es porque soy una de ellas. Sé que me va a costar y sé también que hace parte de un último esfuerzo catártico que me debo a mí misma, al mismo tiempo que lo debo a las mujeres colombianas. A pesar de no haber dejado diario íntimo de este evento, trataré de sumergirme en este periodo de mi vida y explorar hasta el fondo mis recuerdos buscando con persistencia la imagen precisa hasta llegar a una sensación casi física que me permita decir: «Es esto». Quiero enfrentar, ojalá en su realidad más cruda, este evento que traduce demasiadas violencias sufridas por las mujeres. Después tal vez respiraré y viviré mejor.

HABÍA QUE DECIRLO

No obstante, este ensayo vivencial no hablará sólo de mi experiencia; quiere plasmar otras, ya contextualizadas en el presente y en Colombia. Quiere resaltar el profundo sentido eticopolítico de esta lucha; quiere mostrar lo responsables que las mujeres han sido a lo largo de los siglos y lo poco solidario de los hombres, incluidos los que dicen amarlas, sumidos en una cultura patriarcal que les brinda toda clase de argumentos para satanizar cualquier proyecto encaminado a reconocerlas como sujetas de derecho. ¿Será que los grandes principios del género humano, tales como la seguridad, la integridad, la dignidad, la libertad, la igualdad y la autonomía, se refieren y se aplican de manera única y exclusiva al género masculino? Y sin embargo, la recuperación de nuestro cuerpo tiene que ver con estos seis conceptos esenciales de nuestra humanidad. Devolver su cuerpo a las mujeres ha sido, entre otros, uno de los grandes anhelos del feminismo. Y este escrito quiere contribuir en algo a su materialización.

Hubiera podido no esperar tanto para escribir lo que sigue. Sin embargo, tenía que estar lista para este viaje de la memoria; tenía que estar lista para que mi historia personal, o lo que mi memoria sea capaz de hilar después de cuarenta y cuatro años, se encuentre con otras historias que le den un sentido colectivo capaz de ser apropiado por la sociedad. Sólo así tiene sentido la experiencia individual. Sólo así tiene sentido lo que voy a contar.

Además en los días de finales de 2009, el debate por la libre opción a la maternidad, es decir, por nuestra

FLORENCE THOMAS

integridad, libertad, autonomía y dignidad, está de nuevo a la orden del día. En efecto, a la hora en que doy inicio a este escrito, acabamos de saber que el Consejo de Estado tomó la decisión de suspender de manera provisional el Decreto 4444 de 2006 del Ministerio de la Protección Social, por medio del cual se reglamenta la prestación de servicios en salud sexual y reproductiva para la interrupción voluntaria del embarazo (IVE). Una decisión que coincide con los criterios del actual procurador general de la Nación, quien debería estar inhabilitado para hablar del aborto o de la homosexualidad por haber expresado ya varias veces en escritos o discursos su posición de repudio absoluto a estos dos debates de sociedad. En fin, cada vez que damos tres pasitos adelante en la conquista de derechos fundamentales, y muy específicamente en la recuperación de nuestros cuerpos, se levanta un polvero inquisitorio liderado por un ejército de almas puras y benditas que no tiene reparo en mandarnos a los infiernos con el fin de expiar el abominable pecado de habernos atrevido a manifestar que no nos sentíamos listas para ser madres. En fin, el debate sigue candente y si este escrito sirve para echar más leña al fuego, me parece oportuno pues no queremos dejar que la ya muy larga discusión se vuelva a enfriar en el humo del olvido.

París, 1965

Yo aborté... Hubiera querido interrumpir voluntariamente mi embarazo

No sé por qué, no lo sé. No sé por qué justamente este año quise volver sobre este evento que atravesó mi vida cuarenta y cinco años atrás... Si bien esos dos estudiantes de la cafetería del Edificio de Posgrados de Ciencias Humanas me despertaron lejanos recuerdos, no creo que esto haya sido suficiente para la decisión que tomé de no terminar el año 2010 sin poner en palabras, en mis palabras, todo lo que me evoca la palabra «aborto», palabra que odio en lo más profundo de mi ser, y la inaugural expresión «interrupción voluntaria del embarazo», enunciado que me reconforta y me vuelve a dar esperanza en otros mundos posibles o por lo menos en un mundo donde las mujeres puedan decidir por voluntad propia sobre sus cuerpos y volverse protagonistas de sus vidas.

FLORENCE THOMAS

Quizás evito desde hace años encontrarme de frente con este evento de mi vida, mi propio aborto, a pesar de mi feminismo ya casi endémico, a pesar de pertenecer a La Mesa por la Vida y la Salud de las Mujeres, a pesar de haber escrito más de una docena de columnas periodísticas sobre el tema y a pesar de haber mencionado mi propio aborto hace doce años en un libro muy mío, llamado *Conversación con un hombre ausente*. No obstante, he evitado hablar del tema como lo hubiera debido hacer desde hace años. Y cuando digo «como lo hubiera debido hacer» quiero decir desde adentro, desde lo más profundo de mi piel, de mis entrañas, de las palabras y de los silencios sellados en mi cuerpo desde ese final de verano francés de 1965, a mis veintidós años. Diez años antes de la legalización total del aborto en Francia con la Ley Veil de 1975.

¿Por qué hacerlo ahora? Tal vez porque, como lo mencioné en la introducción, estoy lista, lista subjetivamente; pero no sólo por esto. Es también porque el París de 1965 es, de alguna manera, comparable a la Colombia de 2009 en relación con el tema del aborto, aun cuando la Francia de los años sesenta era quizá más abierta que la Colombia de la primera década del tercer milenio. Era una Francia que había leído *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir; una Francia que se preparaba para el mayo del 68, ese verano ardiente que marcaría las mentalidades en relación con muchos temas que, unas décadas más tarde, harían parte de lo que se llamarían derechos sexuales y reproductivos; una Francia

HABÍA QUE DECIRLO

lista para criticar la autoridad del padre, los regímenes de poder en las relaciones hombre-mujer, el patriarcado y el discurso oficial sobre la sexualidad femenina. Una Francia que se alistaba para democratizar y socializar la píldora anticonceptiva, entre muchos otros temas que le imprimirían su sello a esa década. Sin embargo, nos situamos en 1965 y si bien muchos de estos asuntos están en el aire, estamos a tres años de mayo del 68 y nada se ha ganado hasta entonces. A excepción del aborto terapéutico², la interrupción voluntaria del embarazo es aún ilegal en la Francia de 1965. Y no sé por qué al evocar este periodo, me vienen a la mente las palabras de dos canciones: «Help», de los Beatles, y «Ne me quitte pas», de Jacques Brel, que me acompañaron durante esa prueba, demasiado dura. Aún hoy, cuando las vuelvo a escuchar, me invade una extraña conmoción en todo mi ser, como si mi cuerpo hubiera almacenado algo que mi mente trató de negar. Es impresionante la capacidad del cuerpo para archivar sonidos, palabras, ritmos y armonías que remiten a un pasado lejano que no se ha desvanecido del todo.

Desde mayo de 2006 en Colombia, el aborto está despenalizado para tres casos excepcionales —malformación del feto incompatible con la vida, embarazo producto de una violación o acceso carnal violento, y salud de la mujer gestante en peligro. Fuera de estos

² Malformación del feto incompatible con la vida.

FLORENCE THOMAS

tres casos, el aborto de miles de mujeres sigue siendo ilegal y clandestino en un país aún muy conservador que no logra asumir los enunciados, ni de la laicidad, ni de un Estado social de derecho promulgado por la Constitución de 1991. Un país atravesado por un conflicto armado que vulnera muy en especial los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, y por una crisis económica mundial que no hace sino empeorar las condiciones de pobreza (46 por ciento de pobres y 12 por ciento de indigentes) e impedir que se garanticen los derechos de gran parte de la población colombiana, sobre todo, de la población femenina. La experiencia que viví en la Francia de 1965 en relación con la libre opción a la maternidad cuando decidí interrumpir mi embarazo no está muy distante de la que viven muchas mujeres colombianas en las mismas situaciones hoy en día; incluso diría que lo que voy a contar a continuación pasa todos los días en la Colombia de hoy. Si no fuera así, creo que este trabajo de poner a prueba mi memoria y reavivar viejos dolores ya casi desvanecidos en el torrente de mi vida, no valdría la pena. Si lo hago, repito, es porque sé que este suceso que trataré de volver palabra, es un acontecimiento que sufren las mujeres colombianas, adultas, jóvenes, muy jóvenes e incluso casi niñas. Miles y miles al año. Miles y miles que arriesgan sus vidas. Miles y miles que graban en su piel para siempre un evento que nunca hubiera debido ocurrir como ocurrió y como sigue ocurriendo a la hora en que estoy escribiendo. Y cuando me refiero a miles y miles de

HABÍA QUE DECIRLO

mujeres, viene a mi mente una de mis columnas de *El Tiempo* del año 2003 que impactó bastante a la opinión pública y por la cual recibí insultos de toda clase. Con el ánimo de mostrar una voluntad de muy larga duración en pro de algún cambio de mentalidades de la sociedad colombiana, la transcribiré a continuación. Se tituló: «Hoy, fueron más de 1.000»:

Hoy miércoles 19 de agosto de 2003 Marta, Claudia, Mónica, Diana, Beatriz, Lady, Araceli, Verónica, Ana, María, Paula, Fernanda, Guiomar, Ingrid, Juana, Gloria, Susana, Cecilia, Yolanda, Imelda, Patricia, Flor, Gilma, Rocío, Ana María, Milady, Gladys, Daniela, Esperanza, Lucía, Alba, Ximena, Sofía, Mercedes, Inés, Elizabeth, Carmen, Viviana, Marcela, Luz, Lucy, Rosa, Roberta, Gabriela, Estela, Francisca, Olga, Ángela, Mary, Nieves, Alba, Elvira, Clara, Ubaldina, Flor Ángela, Julieta, Vilma, Violeta, Margarita, Susy, Zoraida, Elvia, Helena, Cristina, Fernanda, Judith, Edelmira, Fabiola, Aurora, Alcira, Teresa, Liliana, Dora, Tatiana, María Lucía, Marie Victoria, Edubina, Carmen Sofía, Evangelina, Ismenia, Irene, Julieta, Leopoldina, Visitación, Berenice, Hermelinda, Lya, Hercilia, Nubia, Carlina, Evelina, Hortensia, Ofelia, Simona, Hilda, Ana Tulia, Clotilde, Idalith, Emiliana, Luz Estela, Magnolia, Betty, Esther, Ligia, Clemencia, Micaela, Mary, Angélica, Soraya, Vanessa, Milady, Gladys, Daniela, Esperanza, Lucía, Alba, Ximena, Sofía, Mercedes, Inés, Elizabeth, Carmen, Viviana, Candelaria, Cándida, Doris, Georgina, Florencia, Francisca, Irma, Agustina, Leontina, Lilián, Lina, Eulalia, Felisa, Dolores, Abigail, Lorena, Sonia, Briceida, Adela, Arminda, Bárbara, Cesárea, Soledad, Sunilda, Edith, Alicia, Argelia, Concepción, Celia, Fermina, Fidelina, Zulma, Ingrid, Juana, Ana,

FLORENCE THOMAS

Fanny, Noralba, Mireya, Elvira, Bernarda, Edilma, Kimberly, Bella, Gricelda, Azalea, Mariana, Marlene, Rubiela, Pilar, Emma, Avelina y *mil mujeres más* abortaron en Colombia.

Ustedes, señores obispos, pueden condenar a estas mujeres enamoradas de la vida, impacientes de felicidad, a veces demasiado generosas en el amor, a veces demasiado confiadas con los hombres, a veces temerosas, a veces ignorantes, a veces ingenuas...

Ustedes, señores obispos, pueden seguir con sus alegatos inquisidores, pero sepan que nosotras las mujeres, figuras indiscutibles hoy de la modernidad, seguiremos con nuestra marcha silenciosa por el rescate de nuestra dignidad en cuanto sujetas de derecho ya protagonistas de nuestra propia existencia. Ese es el reto de la construcción de una verdadera democracia, donde no sólo unas pocas sino múltiples voces cuentan. Ustedes, señores obispos, deben saber que hoy, mañana y pasado mañana otras miles de mujeres más abortarán en Colombia. Todas aguantando la carga culposa de la clandestinidad hasta cuando el aborto sea totalmente despenalizado y con ello sea reconocida la legitimidad de la interrupción voluntaria del embarazo, como ya lo es en muchos países del mundo. Ustedes, señores obispos, necesitan comprender que sólo un embarazo deseado es un embarazo humano.

En mi caso, todo empieza por una historia banal en el verano de 1965. Él y yo acabábamos de terminar nuestros exámenes de posgrados en el Instituto de Psicología de la Universidad de París y decidimos irnos de vacaciones, con carpa y morral al hombro, a España que ni él ni yo conocíamos. Estoy enamorada, tengo

HABÍA QUE DECIRLO

veintidós años, él tiene veinticinco; y la palabra anti-concepción es nueva, muy nueva; todavía no tiene muchos contenidos prácticos para estos dos enamorados. Por cierto, ya conocía el método Ogino, que significaba identificar los días de ovulación para evitar practicar el sexo durante ese tiempo, un método ideado por un ginecólogo japonés, el doctor Ogino, en 1924. Requería una serie de pasos, mucha disciplina, unos ciclos de ovulación muy regulares, un calendario y no demasiada pasión, es decir, una firme intención de ponerle freno a la circulación del deseo... Eran tiempos en los cuales nos hablaban mucho del valor de la virginidad y de una sana y santa abstinencia hasta el matrimonio, lo que hoy en día se puede traducir en la absurda y falaz fórmula de «aplazar el gustico». Es cierto también que este contexto patriarcal alrededor de la sexualidad femenina y de la procreación estaba a punto de reventar y, de hecho, reventaría tres años después. Pero yo no lo sabía y nadie lo podía saber todavía.

A este propósito haré una pequeña digresión: siempre me he preguntado cómo hicieron todas estas mujeres que nos precedieron, todas aquellas que habitaron una historia anterior a la nuestra. Sé que controlar los nacimientos no es privilegio de las sociedades modernas contemporáneas y ha representado una preocupación constante a todo lo largo de la historia. Sabemos del *coitus interruptus* ya descrito en el Génesis, o de las múltiples recetas, pociones, fórmulas mágicas, tapones de estiércol de cocodrilos impregnados con miel o